

El Mundo Frente Al Milenio, Eric Hobsbawm

Conferencia Pronunciada el 25 de Noviembre de 1998 en el Edificio Diego Portales, Santiago, Chile

Estamos al fin del segundo milenio de la cronología occidental, y al fin del más extraordinario siglo de la historia humana. Ha sido el siglo de los dolores más espantosos y arbitrarios. Se ha estimado que después del 1900 la acción humana ha matado casi 200 millones de hombres, mujeres y niños en las guerras, hambres y otras catástrofes sociales, lo que equivale a casi el 10% de la población humana del globo en 1900. Sin embargo, nuestro siglo ha sido y sigue siendo la era de los más estupendos progresos en la historia de la humanidad. Y hemos vivido cambios de tamaño extraordinario, revolucionarios tanto en su velocidad como en la profundidad de sus efectos. Empezamos con una rápida mirada sobre sus efectos.

La población del globo en este momento es de más o menos 6 mil millones, tres veces lo que fue al inicio del siglo. En la segunda mitad de este siglo hemos visto una verdadera explosión demográfica mundial. Después de centenares de años, es decir, hace dos siglos, la raza humana llegó por primera vez a mil millones; en 120 años llegó a 2 mil millones; 35 años más tarde había llegado al tercer millar de millones y en 15 años más al cuarto: una aceleración de crecimiento demográfico sin par. Después de la segunda guerra mundial el número de seres humanos en el mundo se ha doblado, con crecimiento más rápido en Asia y África, y aún más veloz en América Latina.

En su gran mayoría estos seres humanos son más altos, más pesados, y tienen una duración media de vida más prolongada. Además, sus condiciones de vida son capaces de un mejoramiento aún más impresionante, por consecuencia del crecimiento económico aún más espectacular y explosivo que hemos visto en nuestro siglo. Estamos viviendo en un mundo con una abundancia de riquezas jamás vista, ni siquiera imaginada antes. Según los estadísticos el Producto Bruto de la economía mundial a los comienzos de este siglo se calcula en menos de 200 millares de millones de dólares (valor de 1900). Al principio de los años 1990 fue 15 veces más grande. Para darle una perspectiva histórica, en el curso del siglo 19, primera época de la industrialización, se multiplicó solo por 2.5. Lo que significa que en 1990, teniendo en cuenta el crecimiento demográfico enorme, hubo una cantidad cuatro veces más grande de recursos económicos disponibles para cada persona en el globo.

Por desgracia, disponibles solo en teoría. Porque en la práctica, nuestro siglo ha sido la época del auge de la desigualdad. Nunca antes había crecido tanto la desigualdad entre los países ricos y los países pobres. Para no citar más que unas cifras recientes: 25 años atrás el Producto bruto per cápita en los ricos estados de la OCDE ya fue 14 veces más grande

que en los países llamados por las Naciones Unidas “economías de ingreso bajo y medio”. 20 años más tarde ya fue 24 veces más grande. En 1995 los 7 millones de habitantes de Suiza gozaban un ingreso medio per cápita 200 veces más grande que los 120 millones de habitantes de Bangladesh y 400 veces más grande que los 54 millones de habitantes de Etiopía. Al mismo tiempo la desigualdad al interior de los países no disminuye, y en las últimas décadas del siglo aun crece. Tengo que añadir que casi la más enorme distancia entre las capas más ricas y más pobres del pueblo se encuentra en la América Latina.

No hubiera sido posible este enorme aumento en la producción y la riqueza del mundo, sin la revolución en los transportes y las comunicaciones, que dio, en las palabras de Carlos Marx, “un carácter cosmopolita a la producción y al consumo” material y cultural. Hoy en día calculadoras en Bangalore, en la India, preparan los horarios de la Lufthansa; cada día los aviones llevan cargamentos de flores de la sabana en Colombia a los floreros de Nueva York, y los huéspedes en hoteles en Singapur o en Helsinki tienen acceso cada hora a los boletines de noticias que salen por satélite de los estudios de la CNN en Atlanta. Claro, esta revolución empezó con los ferrocarriles, vapores y telégrafos del siglo 19, pero sus progresos en el siglo 20 han sido estupendos y sin igual.

Todo ha sido revolucionado después de la segunda guerra. El transporte aéreo, que llevó mil trescientos millones de pasajeros cada año en los años 1990 -320 millones en vuelos internacionales- ha transformado la movilidad física de personas y de cargas. Hoy en día yo salgo de Londres en la noche y llego a Santiago de Chile en la mañana. En 1939, cuando mi familia viajó de Liverpool -en aquel entonces todavía un gran puerto marítimo- a Valparaíso, llegaron después de seis semanas en el mar.

La humanidad ya tiene un siglo y medio de experiencia de la aceleración de los transportes, pero no de la estupenda revolución en los medios de comunicación, tanto entre individuos como comunicación colectiva. Casi no hay limitaciones de tiempo y espacio cuando utilizamos el teléfono automático, el fax, el correo electrónico y el Internet. Por supuesto, todavía estos milagros de la tecnología siguen siendo inaccesibles a la mayoría de los seres humanos. Tenemos que recordar que hay menos de dos teléfonos por cada 100 habitantes en la India de casi mil millones y que hay más teléfonos en Canadá que en todo el continente africano. Sin embargo la televisión, y sobre todo las pequeñas radios portátiles, han puesto el gran mundo al alcance de las poblaciones más lejanas. En vísperas del milenio estamos viviendo en un mundo donde nos llega desde afuera un flujo universal, continuo, sin fin de informaciones. El aire que estamos respirando está lleno de imágenes, de sonidos, de palabras 24 horas al día.

En resumen, a fin de nuestro siglo, por razones tecnológicas y sociales, un montón de conocimientos sin precedentes y sin par son accesibles a los seres humanos. Ya aludí a las razones tecnológicas, pero tenemos que recordar igualmente los progresos de la instrucción pública y de la urbanización. Antes del siglo XX la gran mayoría de la gente eran analfabetos, es decir sin acceso al medio principal de la difusión de conocimientos de los instruidos, la palabra escrita o impresa. Y la gran mayoría vivían en el campo, es decir aislados e ignorantes. Todo cambió en este siglo, y sobretodo -como en casi todos los

aspectos de la vida cotidiana- en sus últimas décadas.

A fines de nuestro siglo no hay más que 26 países con más de la mitad de su población analfabeta. La población de estos países comprende menos de diez por ciento de la población mundial. Por primera vez en la historia estamos en vísperas de un mundo en su mayoría alfabetizado. La educación secundaria, y aún terciaria ya no pertenece a una minoría muy pequeña de privilegiados, sino que se ha vuelto un fenómeno de masas. No existía este auge de la educación superior, fuera de los Estados Unidos, antes de 1960. Los años 60 fueron la primera década en la historia, cuando en otros países, el número de estudiantes universitarios en vez de diez miles se cuenta en centenares de miles y luego en millones.

Las ciudades son los principales centros culturales y para la difusión de conocimientos. El ejemplo de América Latina puede servir para indicar la rapidez de la urbanización. En 1950, de las 20 repúblicas de este continente, la población urbana superó la mitad en nada más que los tres del cono sur. Hoy en día la mayoría -en varios países hasta 80%- de todos los Latinoamericanos vive en ciudades, excepto en cinco pequeños estados de la América Central. Ya en los años 1980 el 42% de la población mundial vivía en ciudades. La irresistible impulsión de la urbanización sigue. En pocos años la gente del campo será, por primera vez en la historia, una minoría de la raza humana, como ya lo es en Europa, en el hemisferio occidental y en gran parte del mundo islámico. Por supuesto, gracias a la revolución informática, el campo ya no es tan aislado como antes, pero la ciudad sigue siendo culturalmente hegemónica. Las telenovelas se pueden mirar a mil kilómetros de los estudios televisivos, pero los estudios no se encuentran en las aldeas.

Sin embargo, respecto también a los conocimientos tal vez es que hay más desigualdad en el mundo a fines de siglo que antes, por dos motivos: el altísimo nivel de educación que necesita la gestión de la tecnología científica de hoy, y la primacía, cada vez más evidente, que la abundancia de recursos da a un puñado de países ricos. La primera fase de la industrialización necesitaba nada más que una cantidad suficiente de artesanos inteligentes con destreza manual, en parte alfabetizados. Para manejar las industrias de fin de siglo pasado, hacía falta el máximo de los conocimientos científicos de un curso inicial de física y química. Hoy estamos a merced de investigadores post-doctorales y laureados del premio Nobel más que nunca concentrados en un puñado de países europeos y norteamericanos después del derrumbamiento de la Unión Soviética. El fin de siglo se caracteriza por lo que los ingleses llaman el "brain drain" -el derrame de cerebros de los países pobres a los países ricos, sobretudo Estados Unidos. Hasta la fecha tenemos alrededor de 440 premios Nobel en ciencias; alrededor de 20 de éstos premios han sido ganados por otros investigadores de América del Norte, Europa y Australia, y (con la excepción de los japoneses) en la mayoría de los casos, por trabajos en universidades e institutos europeos y norteamericanos. Tenemos que remediar esta situación en el nuevo milenio, pero no será fácil.

No es imposible, porque en los últimos treinta años las regiones de la industrialización original han perdido el monopolio de la industria y de la tecnología modernas. Corea del Sur tiene una producción industrial más grande que Canadá. Las dos ciudades de Singapur

y Hongkong juntas exportan productos electrónicos y (office machinery) máquinas de oficina igual en valor a lo que exportan los Estados Unidos. Sin embargo, la desindustrialización de las regiones iniciadoras no ha distribuido a las industrias a través de todo el mundo. Hubo y hay una transferencia notable hacia el Sur y el Este de Asia y en monto menor hacia América Latina, pero África y el mundo islámico siguen estando al margen de este proceso, y después del fin del comunismo soviético y de Europa sudoriental las industrias de estas regiones padecen una regresión brutal y catastrófica, al contrario de la China.

En los últimos 30 y algo años, este proceso de crecimiento y difusión global ha cambiado el ambiente. En mi Historia del Siglo XX he llamado los 30 años después de la guerra mundial, la “edad de oro”, porque en la mayor parte del globo el crecimiento económico se lograba aplicando, bajo cierto control por los gobiernos, aunque en el capitalismo, políticas económicas que no descuidaron sus funciones y responsabilidades sociales. Después de 1973 se ha experimentado una vuelta a un capitalismo más salvaje, poderoso y global pero sin control eficaz, y, por consecuencia, mucho más inestable que antes y con fluctuaciones y crisis dramáticas. Inútil recordar al público latinoamericano los altos y bajos de las economías de este continente en los últimos veinte años. Tal vez en este momento, en vísperas del milenio, frente a una crisis mundial, los gobiernos de los países ricos se están preparando a retomar el control que se había perdido. Todavía no se sabe con cuánto éxito.

Sin embargo, pese a todas las desigualdades del crecimiento económico, el progreso de la economía mundial ha sido sumamente impresionante y sigue siendo asombroso. En verdad, la magnitud y la velocidad de este crecimiento son de raíz los problemas más serios que estamos enfrentando en este momento - y precisamente en estos días en el mismo Buenos Aires: el problema del ambiente. Estamos descubriendo que lo que está devastando el globo no es la espantosa fuerza destructiva liberada por los hombres en este siglo, sino el poder aún más espantoso e inmenso de nuestras fuerzas productivas. El nuevo milenio tiene que solucionar el problema del ambiente. Por desgracia, no hay motivo para mucho optimismo. Es un problema global - pero no existen instituciones globales para enfrentarle en modo eficaz. La economía ha sido globalizada, así bien la ciencia, la tecnología, el campo de las comunicaciones y de los conocimientos. No hay tendencia equivalente en la política. Las decisiones políticas siguen en manos de los gobiernos de los territorios reconocidos como estados soberanos - alrededor de 200 entidades, aunque la gran mayoría de estos casi no cuentan. Lo que determina la situación del globo frente al milenio es la oposición entre globalidad económica y división política.

II

Demos una rápida mirada a esta situación de la política mundial. Al comienzo del siglo el mundo era dividido en 60 y algo más de estados soberanos, en su gran mayoría en Europa y en las Américas, incluso 10 con imperios coloniales y otros que controlaban lo demás del

globo. En 1913 no hubo más que 3 estados independientes en Asia, solo 2 en África. (Hoy hay 45 en Asia y 48 en África). Las dos guerras mundiales y la descolonización han multiplicado el número de los estados reconocidos como independientes. En las mismas Américas, donde se había ya hecho la descolonización en el siglo XIX, contamos cerca del mar Caribe 13 estados independientes más que a fines de la guerra. Ya no hay colonias formales en ninguna parte fuera de unos pequeños territorios dispersos.

Tantas repúblicas, pero de tipo muy diverso. El caso más típico -por lo menos en teoría- fue y sigue siendo la república constitucional con elección de un gobierno por voto universal en un sistema bipartidario o multipartidario. Entre la primera guerra mundial y el fin del sistema soviético, hubo una fuerte reacción contra este sistema político, tanto de izquierda revolucionaria (comunistas) como de la derecha radical (fascismo) -es decir sistemas basados en regímenes de un partido único y de líderes dictatoriales. Los regímenes fascistas no sobrevivieron a la segunda guerra mundial, y después de 1989 ya no hay regímenes comunistas. Tanto comunistas como fascistas se consideraron populares, y legitimados por la voluntad popular a través de elecciones y plebiscitos organizados desde arriba. Pero, en el curso de este siglo se ha aumentado otro tipo de gobierno: el gobierno militar y por lo tanto sin cuidado de aprobación popular, manipulada u otra. Inútil explicar las características de tales regímenes a un público latinoamericano. Pero lo que en el siglo pasado fue casi una especialidad ibérica e iberoamericana, en nuestro siglo se propagó en otras partes del mundo: entre las guerras mundiales en Europa oriental y Turquía, después de la segunda guerra en el mundo islámico y en África nuevamente descolonizada. Se podría afirmar que la segunda mitad de nuestro siglo ha sido más que nunca antes, la era de los regímenes militares en todas partes del mundo, con la excepción de las dos fortalezas de la supremacía civilista, los estados de democracia liberal en la región del Atlántico del Norte, y los estados comunistas. La situación después de la caída del comunismo parece más sencilla. Casi todos los regímenes del mundo pretenden ser democracias del tipo liberal, y tal vez que en este momento hay más regímenes de este tipo en realidad que nunca antes. Fuera de la región islámica hay, en este momento, pocos regímenes de cuartel.

Sin embargo, estamos en una situación muy inestable por dos motivos: 1) En primer lugar, porque la mayoría de los estados nominalmente democráticos, todavía carecen de bases sociales, institucionales y de cultura política para una verdadera democracia estable. 2) Porque en vísperas del milenio nos encontramos al contrario de una situación mundial sólida y durable. Nos encontramos en una situación de crisis tanto económica como política, tanto en el desarrollo mundial como dentro de las estructuras de los estados nacionales. En resumen, estamos en una crisis universal.

Cuando se derrumbó el sistema soviético en 1989, hubo un momento de euforia en el mundo político e ideológico liberal. Se saludó el triunfo definitivo e irrevocable del capitalismo y de la democracia parlamentaria. Hubo intelectuales quienes proclamaron el fin de la historia. Con la Unión Soviética se había acabado para siempre la posibilidad de un desafío al capitalismo mundial, tanto en la realidad como en ideología. La humanidad se encuentra frente al porvenir universal del mercado mundial libre y de la democracia liberal.

Ya se había acabado el peligro de una guerra mundial. Ya se había iniciado un nuevo orden mundial.

Diez años más tarde, no queda mucho de estos sueños. Es evidente que los Estados Unidos, única superpotencia militar del mundo, no tienen fuerza suficiente para controlar la situación global. La economía capitalista mundial está otra vez en crisis - la crisis más grave después de los años 30. Y por una ironía trágica, lo que ocasionó la fase crítica de esta crisis mundial, es decir el derrumbamiento del sistema financiero y bancario global, fue el derrumbamiento del proyecto de transformar a Rusia en economía neoliberal. En verdad, en la Rusia post-comunista los ideólogos capitalistas habían tentado un experimento revolucionario, sin precedentes históricos en ninguna parte del globo, la aplicación de una hipótesis loca, la hipótesis que hacía posible la transformación de una sociedad, de un día a otro, por nada más que la institución de las leyes económicas del mercado libre e incontrolado. Las consecuencias han sido espantosas: la disgregación total de una economía, de un estado con casi todas sus instituciones tanto civiles como militares, de su ciencia y sus artes, y un regreso económico y social sin par en un país industrializado.

El capitalismo mundial sobrevivirá esta crisis, como ha sobrevivido a las crisis de los años 30, pero lo que no sobrevivirá es la locura de la ideología del neoliberalismo económico, que dominaba los últimos 25 años, la fe dogmática en el mercado global incontrolado que se ha llamado "la fe fundamentalista en el mercado" (market fundamentalism). Ya se encuentra claramente en la defensiva.

América Latina conoce muy bien -demasiado bien- el impacto de esos terremotos que son las grandes fluctuaciones de la economía del capitalismo global. Los Latinoamericanos saben muy bien que este impacto no es solo económico, sino también social y político. Lo que se ha olvidado en muchos de los países ricos del mundo en el último medio siglo. Por esto la perspectiva de un tranquilo desarrollo mundial de las instituciones de la democracia liberal en condiciones de estabilidad política me parece inverosímil. Sobre todo porque, aún en una situación menos precaria de la economía global, la situación política en grandes partes del mundo es sumamente débil. Nadie sabe a dónde nos lleva el camino en el nuevo milenio.

Quisiera subrayar tres aspectos de esta crisis política mundial: los efectos del hundimiento del comunismo occidental, el problema de las guerras después de la guerra fría, y la crisis estructural del estado nacional como armadura de la existencia social de los seres humanos.

La caída de la Unión Soviética ha destrozado más que el sistema internacional bipolar de la guerra fría, sistema altamente estabilizador respecto a las relaciones internacionales, aunque al precio del constante temor de una guerra nuclear. Ha eliminado las bases del sistema de relaciones internacionales tal cual existía en los últimos dos siglos y medio, es decir, un sistema estructurado en términos de "grandes potencias", incluso, como elemento permanente, una Rusia dominando el inmenso espacio entre Alemania al oeste y el Océano Pacífico. Ya se acabó. Lo que queda es un enorme vacío, ocupado por un puñado de estados en gran parte neocoloniales, sumamente débiles, casi incapaces de mantener las

funciones elementales de un estado nacional, por ejemplo la capacidad de administrar sus territorios. Es una situación sumamente peligrosa, sobre todo porque en este vacío se encuentran millares de armas nucleares sin control efectivo, pero también porque los enormes recursos naturales de este territorio atraen empresas extranjeras y la rivalidad de estados colindantes.

Segundo punto. Con el fin de la guerra fría desapareció el peligro de una guerra nuclear y mundial. En este momento tampoco hay guerras regionales de gran tamaño, ni en el Medio Oriente ni el Asia Austral, regiones bastante explosivas por los pleitos todavía sin solución entre sus estados. Sin embargo, no hay paz en el mundo. Al contrario, hay más conflictos armados y matanzas que antes y más intervenciones armadas en más partes del mundo que antes, y, por supuesto, más refugiados y una cantidad espantosa de armamentos en el mundo. Nunca ha sido más fácil para cualquier cuadrilla abastecerse con explosivos, con armas portátiles de altísimo nivel tecnológico, capaces de abatir vehículos blindados y hasta aviones. Para la mayoría de los países industriales la exportación de armas es un elemento importante de su comercio exterior.

Es claro quién muere en estos conflictos: son los no-combatientes. En la primera guerra mundial los soldados se mataron entre sí: nada más que 15% de las víctimas eran civiles; ya en la segunda guerra mundial constituyeron la mayoría de las bajas. Hoy en día son el 90%: en los Balcanes, en Kurdistán, en Afganistán, en varias regiones de África, y tantos otros lugares. Pero: ¿quién pelea contra quién? Pregunta mucho más difícil de contestar, sobre todo en los conflictos que surgen en las ruinas de estados o regímenes en desintegración. Lo que es evidente a cualquier observador de las guerras en la antigua Yugoslavia. Hay elementos de guerra civil, conflictos nacionales, sociales y otros, hay formaciones militares más o menos regulares, guerrilleros, caudillos, filibusteros, grupos de la criminalidad internacional organizada, pandillas de jóvenes locales, asesinos y secuestradores. Hay intervención de los ejércitos de países vecinos, de la NATO de los Norteamericanos, pero también hay este fenómeno nuevo, las empresas comerciales que organizan fuerzas armadas de mercenarios, para alquilarlas a gobiernos, compañías de petróleo y otros clientes. En resumen, hay de todo. Y por lo tanto, crece la confusión y la barbaridad en estos conflictos, y se vuelve menos controlable.

Además, con el fin de la guerra fría el carro militar se mueve sin los frenos de antes. Ya no hay peligro del suicidio universal nuclear. Durante cuarenta años este peligro garantizaba la seguridad de los más chicos y débiles estados, por lo menos fuera de América Latina donde los Estados Unidos fueron libres de mandar sus fuerzas armadas por dondequiera, precisamente porque -con la excepción de Cuba, protegida por la URSS- no había peligro de la mundialización de sus agresiones. Hoy en día las fuerzas armadas de seis o siete repúblicas africanas, sin contar los mercenarios y filibusteros, luchan en el territorio de la República Democrática del Congo. Lo que tiende aún más la situación, es el abandono formal de la vieja doctrina internacional garantizando la integridad del sistema de estados, es decir, la doctrina que -en teoría más que en la práctica- ha prohibido la injerencia militar de otros estados en los asuntos internos de un estado soberano. Bueno, ahora mismo la

teoría también se ha muerto en los Balcanes.

Para los habitantes de los países felices y pacíficos, sin conflictos armados en sus territorios, incluso, por suerte, en este momento la gran mayoría de los países de América del Sur, este nuevo tipo de la guerra parece lejano, algo que pasa en los Balcanes, en Asia o África. Sin embargo, lo que ocurre en estas zonas desgraciadas, tal vez no es completamente ajeno a ciertas tendencias que estamos experimentando en nuestros propios países. Me refiero a ciertos cambios en la naturaleza del estado territorial, el estado llamado "nacional" en los últimos cuarenta años.

Después de la era de las revoluciones americanas y francesas la historia del desarrollo estatal se puede resumir en tres puntos. Primero: el gobierno nacional monopoliza cada vez más los instrumentos de fuerza coercitiva -tanto para uso interno como para uso exterior- es decir fuerzas armadas, policía, etc. Por ejemplo, con pocas excepciones en el curso del siglo XIX los ciudadanos particulares pierden el derecho de portar armas sin el permiso de las autoridades. Segundo: el gobierno nacional controla cada vez más el territorio nacional y dispone cada vez de más informaciones sobre sus habitantes. Además, había un crecimiento secular de la centralización nacional del gobierno, inclusive en los estados federales, sobre todo en las Américas, donde esta tendencia sigue. Tercero: los gobiernos toman cada vez más responsabilidades por lo que ocurre en sus territorios y la vida colectiva y particular de sus ciudadanos; lo que fue acelerado en Europa y América del Norte por las guerras de nuestro siglo, y en otras partes del mundo, por las grandes revoluciones sociales y anticoloniales. Al punto más alto de este proceso -el trentenio después de la segunda guerra- la mayoría de los gobiernos del mundo dirigieron o manejaron sus economías y, en muchos casos, aseguraron el bienestar de sus ciudadanos por sistemas ambiciosos, bajo control estatal, de seguridad social, servicios de salud y escolares. Quisiera subrayarles, este proceso poco tuvo que hacer con las ideologías estatales. Se puede seguir en estados liberales y conservadores, fascistas, socialdemócratas y comunistas. Por ejemplo, los gobiernos que impusieron la ideología del libre comercio en el siglo XIX como los que impusieron el neoliberalismo económico, y por lo tanto anti-estatista en los años 80 -por ejemplo en Gran Bretaña y en Chile- lo hicieron a través de una concentración notable del poder centralizado del gobierno nacional. Claro, que dentro de la misma tendencia histórica hay una larga gama de posiciones: de la estatización casi total de la URSS a la empresa privada militante y poderosa de los Estados Unidos.

Lo que ocurre después de unos 30, 40 años es la suspensión, tal vez la inversión de esta tendencia. La descentralización se substituye a la centralización en la política, la privatización al dirigismo y a la propiedad pública en la economía. Los estados se deshacen de sus más tradicionales funciones -por la privatización de servicios postales, gobierno de los Estados Unidos ya no manda sus propios soldados, sino los hombres de una empresa comercial de seguridad alquilados para este propósito. Se vuelve cada vez más desorden, tranquilidad y violencia, paz y guerra civil. Cincuenta años atrás, quien hubiera creído que Gran Bretaña viviría treinta años de guerra civil irlandesa con 3000 muertos y destrucción enorme de bienes, dentro de una vida cotidiana normal? La misma situación en España con

la ETA. Parecida situación en los Estados Unidos, con una ultraderecha incontrolada, armada y terrorista, aunque con apoyo popular desatendible. Desde luego, estamos hablando de grupos de tamaño modestísimo: al máximo, como en Irlanda, unos pocos centenares. Desde luego, en estos países ha sido posible tener la situación bajo control sin poner en peligro serio la democracia política, y sin la barbaridad de guerras sucias, aunque con episodios muy negros -estoy pensando en la guerra contra la ETA-. Sin embargo, para estos gobiernos el precio de tal control ha sido y sigue siendo altísimo.

Hay más. En los años 60 y 70 han surgido, por primera vez movimientos nacionalistas y secesionistas que ponen en peligro la existencia de varios de los estados nacionales más antiguos o indisputables: por ejemplo Gran Bretaña, España, Italia. Un proceso de desintegración interna es aún más evidente en varios estados del Tercer Mundo, sobre todo en partes de Asia y África, aunque hasta la fecha casi todos siguen sin cambios territoriales y de frontera. Pero lo que existe al interior de estas fronteras -por ejemplo en 7 y más estados de África (Sierra Leone, la República Democrática del Congo, Liberia, Guinea-Bissau, grandes partes de Angola, del Sudan, Somalia) y otros en Asia (Afganistán y Camboya) no es un estado que funciona sino un terreno de nadie. Tal vez, por la abundancia de recursos que el comercio de drogas regala a grupos no-gubernamentales, se pueden notar tendencias parecidas en partes de las Américas. No soy capaz de juzgar la situación actual en Colombia, donde, por cierto, el gobierno nacional ha perdido el control sobre importantes regiones de su territorio -situación que hubiera sido normal hace siglo y medio, pero no en vísperas del milenio. Por supuesto el hundimiento de los regímenes comunistas occidentales ha desintegrado también la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia, substituyendo a estos tres -hasta la fecha- veinte y algo de estados nuevos. Sin embargo, esto constituye un fenómeno regional específico, aunque sumamente peligroso.

En suma, el estado nacional se encuentra bajo una triple presión: desde arriba, por el auge de una economía globalizada fuera de su control; e igualmente por la construcción de entidades políticas supranacionales como la Unión Europea; desde abajo, por las nuevas tendencias anti-centralistas y regionalistas, desde afuera, por la peligrosa oscuridad e incertidumbre de la situación internacional, y desde adentro, por la decadencia de sus poderes y tradiciones. Inclusive, en ciertos países, las tradiciones de la democracia política. Me parece inquietante que el presidente de los Estados Unidos es elegido con la participación de los menos de los electores, y que la Cámara de Diputados en Washington ha sido elegido en 1998 con una participación electoral de 36%.

¿Qué conclusiones se pueden traer a este esbozo de la situación del mundo frente al milenio? Quisiera terminar con par de observaciones al respecto. Primera observación. Los fracasos de este siglo han sido tan patentes, sobre todo en la esfera política y social, que se está perdiendo la fe en que los hombres son capaces de solucionar sus problemas. La locura de la ideología neo-liberalista y el abandono del proyecto de cambiar el mundo por la mayoría de gobiernos de la izquierda actual, ambos me parecen igualmente síntomas de tal pesimismo intelectual. Me parece sumamente peligrosa esta abdicación ante los problemas

más centrales del siglo XXI -por ejemplo a los problemas del ambiente. Son problemas inabordables, insolucionables, sin decisiones humanas conscientes y colectivas. La más urgente tarea frente al milenio es que los hombres y las mujeres vuelven a los grandes proyectos de edificar una sociedad mejor, más justa y más viable. Sin la fe en que estamos empeñados en grandes tareas colectivas, no se consigue nada.

Y hay lugar para la esperanza. Hemos sobrevivido al siglo XX, una de las más negras épocas de la historia; un siglo que ha demostrado toda la capacidad de los seres humanos para la barbaridad, ha mostrado toda la incapacidad, los errores y el autoengaño, la falta de entendimiento de sus dirigentes, la ignorancia y la ceguera de sus pueblos. Pese a todo, hemos sobrevivido. Aún más. Tenemos siempre que recordarnos que, a pesar de todas las catástrofes de este siglo, ha sido un siglo de insigne progreso. Vivir en 1998 es claramente mejor que vivir en 1900 para la gran mayoría del género humano. Con ciertas excepciones, es claramente mejor que vivir en 1950. Esta experiencia autoriza un optimismo frente al futuro, aunque muy, muy modesto.

Estados Unidos, Occidente y el Tercer Mundo

Esta parte de la conferencia es sobre los Estados Unidos y el Tercer Mundo desde la guerra fría. Sin embargo, esto solo se puede entender desde la larga historia de relaciones entre los países de occidente o el centro del sistema mundial, y la periferia. Esta, empieza con el final del siglo XV cuando los estados europeos, después de un milenio de estar a la defensiva en contra de los invasores de Asia y África, empezaron su propia era de conquista mundial.

Esencialmente, esa conquista no fue, por lo menos por algunos siglos, basada en una mayor riqueza o una abrumadora superioridad técnica, aunque desarrollos científicos y técnicos en las regiones relevantes de Europa Occidental eran ya más dinámicos, y en algunos aspectos más avanzados que en cualquier otro lugar. Ciertamente, la enorme brecha entre el producto nacional bruto per cápita en occidente y al menos algunos de los países no occidentales, no existió sino desde el siglo XIX.

La superioridad inicial de los conquistadores fue marítima y militar. Esa superioridad militar era aún limitada. La única región de tamaño significativo conquistada en ultramar por los europeos fue América, donde, por razones que no nos interesan aquí, los imperios locales no fueron capaces de resistir. En Asia y en África, los europeos solo pudieron establecer control sobre algunos puertos hasta el siglo XVIII, y eso solo en regiones en donde ellos no confrontaron estados de algún tamaño y efectividad.

En resumen, en los primeros dos siglos y medio, la expansión europea tuvo éxito en gran medida debido a que las condiciones locales no la inhibieron. La relativa debilidad de los imperios europeos se demostró por la incapacidad para controlar los movimientos de independencia que se desarrollaron en América -tanto en norte como en Latinoamérica los estados europeos no pudieron resistir por mucho tiempo-.

Sin embargo, la clara superioridad técnica, económica y por lo tanto militar del centro sobre la periferia se incrementó enormemente en el siglo XIX, gracias a lo que ha sido llamado “las herramientas de imperio” -barcos de guerra, ametralladoras, artillería- y la construcción de una infraestructura de apoyo mundial para la supremacía marítima. En el siglo XIX esta infraestructura estaba casi completamente en manos de los británicos, quienes eran entonces la potencia económica mundial.

Brevemente, déjenme considerar las implicaciones políticas de esta situación. Primero, esto significó que los estados del centro pudieron fácil y rápidamente tener al alcance el mundo dependiente, pero no al contrario. La Gran Bretaña pudo practicar la diplomacia de las cañoneras contra China, pero la China no pudo hacer lo mismo en contra de la Gran Bretaña. En términos modernos, los Estados Unidos pueden tener acceso a Irak, pero no lo contrario. Segundo, esto significó que en casi todos los conflictos armados entre el primer y el tercer mundo, el primero ganó las batallas, generalmente con pocos inconvenientes.

Tercero, el resultado fue una inferioridad política de los estados del Tercer Mundo, grandes o pequeños, en relación con los del Primer Mundo -como es demostrado por las relaciones entre Estados Unidos y México, y entre Gran Bretaña y China hasta 1949. Solamente un estado del Tercer Mundo que fue exitoso en imitar a occidente, pudo escapar a esa inferioridad. Hasta la mitad del siglo XX solo un estado lo había logrado, y por esto fue integrado dentro del sistema de poder global: Japón.

El cuarto punto es que los estados del Tercer Mundo, o el Tercer Mundo como un todo, pudieron contrarrestar esta inferioridad permanente solo con el apoyo de uno de los poderes del sistema mundial. Esta fue la función de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. El caso extremo es Cuba, la cual ha sobrevivido como un régimen comunista a 70 millas de Key West, gracias a apoyo directo de los soviéticos. El final de la guerra fría ha removido este contrapeso al poder del mundo desarrollado en general, y al de los Estados Unidos en particular.

Por otra parte, ¿qué tanto tuvo el Primer Mundo que usar su superioridad militar y política? ¿No pudo confiar en las abrumadoras ventajas de su mayor riqueza y desarrollo económico, los cuales se incrementaron dramáticamente y en modo aún más dramático durante la Guerra Fría?

Sí, pudieron en el siglo XIX y durante buena parte del siglo XX. Sabemos, después del final, o de la retirada, de los antiguos imperios de los siglos XVI y XVIII, el dominio del Primer Mundo se incrementó, pero los incentivos por transformar las áreas del mundo subdesarrollado en colonias disminuyó durante el siglo XIX, a pesar de algunas excepciones notables.

El ejemplo de la Gran Bretaña muestra que la pura explotación económica del Tercer Mundo no requirió ocupación directa, por lo menos en la ausencia de otro competidor occidental. Este fue el “imperialismo del comercio libre” sobre el cual se ha escrito mucho. Por supuesto, una red de bases estratégicas, o de bases necesarias para mantener esa red marítima internacional controlada por la Gran Bretaña, se mantuvo. A primera vista, la

situación presente de los Estados Unidos parece similar. Sin embargo, espero mostrar que hay diferencias fundamentales.

Si miramos con perspectiva histórica, podemos ver que la nueva era de colonialismo (de imperios que insistieron en ocupación y administración directa) resultó ser relativamente corta. El colonialismo directo fue una moda temporal. Se puede ubicar en la vida de una sola persona, ejemplo, Winston Churchill -quién vivió desde 1874 hasta 1965. Desde la revolución industrial, el capitalismo ha requerido la creación de una economía mundial, dominada por los centros de acumulación de capital, pero esto no necesariamente requiere un sistema colonial formal. A propósito, la discusión sobre el costo-beneficio del colonialismo continúa preocupando a los historiadores hasta la fecha.

Pero aquí un desarrollo reciente, ha introducido un elemento nuevo. En el último cuarto del siglo XX el centro de gravedad de la economía mundial, ahora cada vez más globalizada, comenzó a cambiar desde los países capitalistas originales hacia el Tercer Mundo. Esto es notable en la industria manufacturera, y desde el surgimiento de la economía japonesa y la crisis del petróleo de los años 70, la acumulación de capital nativa, fuera de Europa y América del Norte, ha pasado a ser mucho más importante que antes.

Este cambio fue acelerado por la enorme y creciente diferencia de ingresos entre los dos mundos, la cual impulsó la transferencia de producción intensiva en mano de obra desde las regiones de altos salarios hacia la de bajos. Por la misma razón, reforzó la desindustrialización de las regiones industriales pioneras del Primer Mundo.

Así, económicamente hablando, la economía internacional no puede considerarse más como dividida simplemente entre el primer mundo, el cual concentraría la mayor parte del producto industrial, lo mismo que su comercialización, y un Tercer Mundo, el cual estaría ligado al primero como productor de materias primas, pero con un sector industrial apoyado por su mercado doméstico, por ejemplo, en sustitución de importaciones. (No voy a considerar las economías más cerradas del Segundo Mundo Socialista, las cuales han dejado de existir, como en la Unión Soviética, o han cambiado sus políticas, como en China). El Tercer Mundo incluye las economías de mayor crecimiento industrial, y la industria más orientada a la exportación. Ya al final de los años 80 más del 37% de las importaciones de los Estados Unidos venían del Tercer Mundo, y casi un 36% de sus exportaciones iban a éste.

Por esto, la superioridad económica del Primer Mundo no reside más en ser el más industrializado o la economía más "avanzada", con una excepción. Hasta la fecha el Primer Mundo casi monopoliza la investigación y el desarrollo científico y tecnológico. Aún al final de este siglo, el número de asiáticos y latinoamericanos que han ganado el premio Nobel en ciencias es reducido, y varios entre aquellos que lo han obtenido han trabajado o están trabajando en Europa y los Estados Unidos. Con esta excepción, la superioridad del Primer Mundo reside en operar como un conglomerado económico-financiero, en lugar de hacerlo como una planta productiva. En él se ubican las oficinas centrales de la mayoría de las grandes corporaciones transnacionales, las cuales constituyen parte substancial de la

economía mundial -con todas sus dependencias locales y subsidiarias-, tiene la habilidad de establecer el marco de la economía mundial y sus instituciones, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, los cuales controla. Su inmensa riqueza le concede el manejo de la mayoría de la oferta de capital para inversión mundial y su flujo.

Pero al mismo tiempo, esa superioridad hace más dependiente al Primer Mundo de lo que suceda en el Tercero. Desde el punto de vista de la economía, hoy es mucho más importante que antes tener cierto control político. Esto es particularmente notorio para los Estados Unidos, la potencia hegemónica del capitalismo actual. Su desarrollo económico, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, residió en su mercado doméstico. Proteger la industria norteamericana de la competencia extranjera fue tradicionalmente mucho más importante para la economía estadounidense que el libre comercio y la promoción de exportaciones. Mientras ramas específicas de la industria y finanzas norteamericanas estuvieron profundamente comprometidas en ésta u otra parte de la economía del Tercer Mundo -por ejemplo, la United Fruit- la economía como un todo, no dependía de sus lazos con el Tercer Mundo, a diferencia de La Gran Bretaña, la potencia hegemónica en el siglo XIX.

Esto me lleva al tema específico de esta charla, el cual es la posición internacional y las políticas de los Estados Unidos desde la Guerra Fría.

Los Estados Unidos ocupan hoy una posición sin precedentes. Es la única potencia con intereses globales y la única potencia mundial. La Gran Bretaña ocupó una posición similar como la única potencia con intereses globales en el siglo XIX. Todos los otros estados tuvieron a lo sumo intereses regionales, incluyendo los Estados Unidos y Japón. Sin embargo, en términos político-militares, La Gran Bretaña era una de varios poderes, aunque en un aspecto los superó a todos hasta el siglo XX. La armada Británica era tan grande como todas las otras juntas, pero solo hasta que otros poderes empezaron a construir un considerable poder naval, especialmente los Estados Unidos y Japón. La posición de los Estados Unidos, en términos relativos y absolutos, es enormemente más fuerte. No hay una posibilidad previsible de que otra potencia compita con su poderío nuclear y aéreo. Desde el colapso y desintegración de la Unión Soviética, no hay otro estado o combinación de estados, que siquiera esperen retarlos en términos militares.

Por esto es importante comparar estas dos hegemonías. Yo observo tres diferencias mayores, las cuales no están desconectadas. Los Estados Unidos, a diferencia de La Gran Bretaña del siglo XIX (pero con la Francia revolucionaria y la Unión Soviética) es un imperio ideológico. Quizás por esta razón, el imperio norteamericano, a diferencia del británico, aspira a la transformación del mundo a su propia imagen y semejanza. En la práctica esto se sobrepone a la dominación político-militar mundial. La tentación por control es política, no solo económica: porque a pesar de la actual situación mundial en la cual el libre comercio se ajusta a los Estados Unidos, la actitud básica del país ha sido la de proteger e impulsar el capitalismo norteamericano por medio de la acción política. Los Estados Unidos tienen una larga historia de intervención militar en el extranjero, a diferencia de Gran Bretaña en el siglo XIX.

Los días de la Pax Britannica fueron distintos. Como era un país relativamente pequeño, no pudo darse el lujo de la megalomanía. por ejemplo, su política europea fue la de la “balanza de poder”; no pretendió convertirse en la potencia europea más poderosa, pero sí en velar porque los estados más fuertes siempre estuvieran en contradicción los unos con los otros, mientras ella permanecía fuera de las disputas. Como el pionero exitoso de la economía industrialista mundial, los británicos tenían una enorme confianza en su sistema económico. También estuvieron convencidos de que su sistema político era superior a cualquier otro, pero no lo promovieron como modelo general. Donde la Gran Bretaña del siglo XIX se convirtió en modelo, fue por ejemplo y no por diseño: como en el caso de la moda para hombres y en casi todos los deportes practicados internacionalmente, los cuales fueron todos británicos en su origen.

La llamada Pax Britannica fue, por esto, bien diferente de la Pax Americana de Washington, excepto en que la armada británica, en sus días de supremacía, asumió la responsabilidad principal en la vigilancia marítima internacional de actividades tales como la piratería y (luego de que había sido prohibido) el comercio de esclavos. Reconoció sus limitaciones. Ningún secretario de asuntos exteriores británico, ni siquiera Palmerston, hubiera dicho sobre cualquier parte del mundo, lo que el secretario de estado Olney dijo acerca del hemisferio occidental en 1895, y cito:

"Hoy los Estados Unidos es prácticamente soberano en este continente, y en la medida en la cual se ocupa de un asunto, su mando tiene fuerza de ley. ¿Por qué?... porque sumado a todos los otros aspectos, sus infinitos recursos combinados con su posición aislada lo hacen dominar la situación y prácticamente ser imbatible frente a cualquiera o a todas las otras potencias".

La política de los Estados Unidos, por lo tanto, ha sido consistentemente intervencionista, primero dentro del hemisferio occidental, luego globalmente. La Gran Bretaña tuvo muchas colonias, pero no estados satélites, excepto durante lo que ha sido llamado “el momento británico en el Medio Oriente”, entre 1918 y 1958. Los Estados Unidos tuvo pocas colonias pero aspiró a un sistema de estados satélites. Podemos observar que la forma de operación característica del servicio de inteligencia norteamericano, la CIA, combina específicamente inteligencia con acciones políticas encubiertas.

Además, como hemos visto, primero en el hemisferio occidental, luego globalmente, la política de los Estados Unidos ha estado basada en el supuesto de su poderío abrumador, tanto económico como técnico-militar, en su área de influencia. Un poder que siempre ha estado listo a usar si es necesario, y el cual requiere de los otros estados un grado de aceptación y consideración pública, la cual no fue usualmente demandada por los poderes antiguos, acostumbrados a las convenciones y maneras de la diplomacia. El supuesto, implicado claramente en la Ley Helms-Burton, es que los Estados Unidos son tan indispensables para el resto del mundo, que su poder nacional puede ser usado para obligar a otros estados a que se ajusten a las políticas norteamericanas aún dentro de la jurisdicción de sus propios territorios.

En la Guerra Fría todo esto fue justificado por el peligro Soviético, y aceptado por los aliados y satélites de los Estados Unidos como un precio necesario para mantener a Washington feliz. ¿Pero cuál es la situación hoy? La lista de intervenciones después de la Guerra Fría, cuando ya no existe ninguna amenaza soviética, es sorprendentemente activa. Hay Panamá en 1989, la Guerra del Golfo en 1991, Haití en 1994, y varias operaciones con objetivos humanitarios o de pacificación pero con participación directa de fuerzas norteamericanas, desde Liberia y Somalia, hasta el Kurdistán iraquí y Bosnia. Los más recientes son los bombardeos en el Sudán y en Afganistán.

De hecho, es obvia “una continua certeza acerca de una intervención militar como la respuesta definitiva de los Estados Unidos”¹ (para citar un autor estadounidense). Por qué? Porque otros medios de afirmar la influencia norteamericana han pasado a ser menos efectivos, y porque la necesidad real de una constante afirmación de su supremacía se ha incrementado. La ayuda económica norteamericana ha declinado calamitosamente, en particular desde la ley Graham-Rudman-Hollings de mediados de los años 80, y con ella, un medio tradicional de influenciar otros estados. Las sanciones económicas, a las cuales los Estados Unidos ha sido adicto, han disminuido su éxito desde el inicio de los años 70, posiblemente porque la economía de los Estados Unidos es una parte relativamente más pequeña que antes, o porque esas sanciones no son adecuadas para lograr objetivos específicos como respeto por los derechos humanos o control al tráfico de drogas. Acciones paramilitares y encubiertas han probado ser inciertas, aunque han sido indudablemente altamente efectivas en acosar y en perturbar las operaciones normales de un gobierno al cual los Estados Unidos han desaprobado -Angola es un ejemplo triste de esto. Esas acciones también son hoy menos efectivas en derrocar gobiernos hostiles, a diferencia de lo que sucedió en los años 50. En todo caso, no son un arma que pueda ser usada unilateralmente. Ellas requieren de otro estado aliado en la región.

Por otro lado, la globalización de la economía hizo que las actividades de las firmas norteamericanas -o para el caso, de cualquier firma transnacional de cualquier país- fueran más dependientes de la buena voluntad de las autoridades del país en el que ellas operan. Lo que los bancos suizos están descubriendo en este momento, bajo el boicoteo de las autoridades políticas estadounidenses, tanto estatales como federales. La Ley Helms-Burton pretende impedir a todos los extranjeros del territorio estadounidense, la actividad económica en otras partes del mundo no gustan al gobierno de Washington. Pero este principio es aplicable a todos los estados. Sin la autorización nacional del aterrizaje de tráfico aéreo extranjeros no hay tráfico aéreo internacional. La propuesta fusión entre las líneas aéreas American y British depende de una decisión política de Washington y de la Unión Europea acerca del número de vuelos de ambas líneas que se debe permitir en el aeropuerto de HeathRow. Un país de tradición tan proteccionista como lo son los Estados Unidos ha sido siempre muy consciente de este elemento político en su comercio exterior. Es muy evidente en la presión casi permanente del gobierno de Washington en que el Japón deje entrar más mercancías norteamericanas en su territorio. Por supuesto, los Estados Unidos se abstienen de amenazas abiertas contra los estados no considerados como adversarios, o despreciables por su debilidad. Pero es útil que todos se den cuenta que los

Estados Unidos disponen de lo que el primer presidente Roosevelt - Theodore - llamaba “la grande porra”.

Por lo tanto, después del final de los años 80, los Estados Unidos han elaborado una doctrina sistemática de lo que se llama “Low Intensity Conflict”, apropiado a la era después de la guerra-fría. Ya no se basa en la preparación de una guerra grande, pero sí, supone la intervención directa, y, en los casos requeridos, intervención con armas, tanto por los aliados de Washington como por los Estados Unidos mismos. Aún más: el fin de la guerra fría, es decir del peligro de una guerra mundial, ha quitado los frenos a la máquina guerrera. La guerra del Golfo no hubiera sido posible antes. El mismo presidente Bush proclamó la nueva doctrina: “Para los Estados Unidos y sus aliados es preciso construir una estrategia común de la estabilidad en el mundo en desarrollo”. ¿Y qué son las amenazas a la estabilidad? Son “las insurgencias, el terrorismo y el narcotráfico”. Lo que significa -en las palabras del Sr. R. Cheney, Secretario de la Defensa- “confiarse más que antes en fuerzas con alta movilidad, preparadas para la acción inmediata, y -en la jerga del Pentágono- “with solid power-proving capabilities”: es decir con la capacidad de intervención militar maciza a larga distancia. Con este propósito hemos visto, en los últimos años, varios ejemplos altamente visibles de la capacidad norteamericana de intervenir de un momento a otro, en cualquier parte del mundo, tan distante que sea de las bases militares en el territorio estadounidense. No hay que recordar la guerra del Golfo, Somalia, Bosnia y, hace un par de meses, un ejercicio de paracaidistas en una de las pos-soviéticas repúblicas de la Asia Central.

Llegado a este punto de nuestro análisis, tenemos que preguntarnos: ¿cuáles son las capacidades, cuáles son los límites de esta hegemonía militar global? Voy a terminar esta charla con unas consideraciones al respecto.

En primer lugar, hay una desproporción creciente entre el tamaño y los recursos de los Estados Unidos y aquellos del mundo dominado por los USA. No quiero decir que Washington corre el riesgo de lo que el profesor Paul Kennedy de Yale llamó “imperial overstretch”, es decir, ambiciones imperiales demasiado grandes para los recursos disponibles. Después del fin de la Unión Soviética, no hay otra potencia militar competidora. Dado que no existe en este momento peligro de una guerra mayor, probablemente hoy los Estados Unidos pueden mantener su supremacía militar sin un esfuerzo económico especial. Hoy no hay modo de poner en duda esta supremacía. Sin embargo, hoy en día la población de los Estados Unidos constituye no más que 5% de la población mundial, y el país dispone de una proporción de la producción industrial mundial entre 10% y 20% y que disminuye cada año.

Entonces, los Estados Unidos no son en verdad más capaces de “controlar” el mundo del siglo XXI que los ingleses lo eran en el siglo XIX. Intentar mantener la estabilidad política del mundo es un objetivo razonable para ellos; imponerla con fuerza militar o económica está fuera de su alcance. Lo peligroso es que los Estados Unidos, gozándose de su situación de predominancia actual, carecen tanto de la tradición diplomática como de la conciencia existencial de sus límites. Es el peligro de la

megalomanía que los Británicos sabían evitar en su edad hegemónica. (Case of 1895-96 US-UK conflict over Guyana-Venezuela borders).

En segundo lugar, a pesar de toda su gran fuerza, actuando aislados los Estados Unidos no son capaces de hacer valer más que un poder relativamente modesto y limitado. Precisan otros estados aliados, porque una gran parte de sus bases militares y de infraestructura mundial son situados en territorios ajenos. Aquí, hay una diferencia con la hegemonía inglesa del siglo XIX. Las bases del sistema oceánico Inglés fueron propiedad inglesa - Gibraltar, las Malvinas, Malta, Singapur, Hongkong y así enseguida. Ni siquiera en 1973, cuando los Estados Unidos dominaban la NATO aún más que hoy, pudieron disponer libremente de las bases aéreas de sus aliados en tiempo de paz. Además, hasta la fecha la política interna de los Estados Unidos impone límites a las intervenciones militares, y sobre todo en la mayoría de esos conflictos “de baja intensidad” contemplados por la estrategia mundial del fin de siglo. Porque esos conflictos no pueden ser combates a distancia, sino entre hombres en el terreno. Bosnia y Chechenia son ejemplos pertinentes. Pero es conocido que la opinión pública norteamericana siempre tiene ganas de victorias militares, pero sin cadáveres de militares yanquis. Habría que adaptar tanto la estructura de las fuerzas militares norteamericanas como el espíritu público norteamericano; lo que no es imposible, pero todavía no se ha hecho.

En tercer lugar, lo que se nota en grandes partes del mundo hoy -en África, en grandes partes de Asia y hasta en Europa del este es la efectiva desintegración de estados y de un sistema de estados. No es muy claro como la nueva doctrina norteamericana podría servir en los conflictos “de baja intensidad” en tales situaciones de inestabilidad. Verdad, en caso de guerra, no hay duda que el Primer Mundo ganará cualquier batalla contra el Tercer Mundo. Y después ¿quién garantizará la estabilidad? En tales regiones de inestabilidad, ¿dónde encontrar los gobiernos simpáticos, dóciles, pero capaces también de mantenerse? Contemplando grandes regiones de África observadores desesperados se preguntan: ¿no sería mejor una recolonización de estos territorios? Ya no se puede. Se ha perdido el gran secreto de los imperialismos del pasado: es decir, la pasividad de la gran mayoría de los pueblos colonizados frente a los regímenes conquistadores. En todo caso, hoy en día, la abundancia mundial de armas y explosivos efectivas y portátiles es tan grande que se necesitan enormes gastos y movilizaciones permanentes de fuerzas para contener grupos de activistas armados de tamaño bastante modesto: notorio es el caso de Irlanda del Norte, donde no hay más que algo como quinientos guerrilleros activos en total. El cálculo “cost-benefit” se vuelve altamente desfavorable. En la casi totalidad de casos que no tocan directamente a la integridad de su territorio, los gobiernos son muy consientes de este cálculo. Es notable que en África, los ejércitos no africanos, incluso el Francés, después de cuarenta años de intervencionismo, se están retirando de este continente.

Entonces, ¿qué significa la supremacía militar de los Estados Unidos? Para los otros países significa la incesante amenaza y de vez en cuando la verdadera utilización de su arsenal asombroso y sofisticado de armas aéreas, como en la guerra del Golfo. También significa, de vez en cuando, la incursión de fuerzas militares especializadas y de alta movilidad, como

los Marines, los paracaidistas, Green Berets y otros. Sigue significando las operaciones “negables” de la CIA y otros agentes del gobierno norteamericano. ¿Hasta qué punto otros países se dejarán aterrorizar por esta amenaza?

Yo creo que el empleo más eficaz de la “grande porra” es en el mantenimiento del casi-monopolio de los Estados Unidos en armas de alta tecnología. La estrategia político-militar de los Estados Unidos es doble: de un lado tener en dependencia las fuerzas militares aliadas de la tecnología y de los abastecimientos yanquis sin los cuales no son capaces de funcionar; y de otro lado impedir a los adversarios, actuales y potenciales, de producir o de obtener en otra parte armas de alta tecnología. En este sentido se puede suponer que las relaciones de los Estados Unidos con Irak después de la guerra del golfo indican el perfil futuro de su política frente a pequeños y medianos estados insumisos. Sin embargo, esas relaciones indican también los límites de la estrategia de Washington.

Sin embargo, queda un problema sumamente grave tanto para los Estados Unidos como para todo el Primer Mundo. ¿Cómo proteger su superioridad económica contra la migración de los centros productivos de la economía global hacia el Tercer Mundo? Todavía no es un problema de urgencia inmediata para el Primer Mundo, porque China ahora no se ha convertido en una gran potencia económica mundial. En todo caso, la hegemonía político-militar de los Estados Unidos no puede impedir este proceso. Pero sí, disponen de dos armas poderosas: su riqueza y su indispensabilidad al funcionamiento de la economía mundial. El objetivo de los viejos centros del poder económico, de los Estados Unidos en particular, no es, no puede ser, de invertirlo, sino de mantener la economía global bajo su control. La vía ideal es de estructurar la economía global del modo más apropiado a la economía hegemónica -o en términos más generales, al conjunto de viejas economías adelantadas- es decir en este momento, según el padrón neoliberal. El libre cambio universal ha sido siempre el programa de las economías globalmente dominadoras, es decir, hoy en día los Estados Unidos.

Ahora bien. Tenemos siempre que recordar que el ascenso de los nuevos países industrializados, y sobre todo los milagros económicos de los llamados “economías-tigre” de la Asia, se ha basado en el rechazo de la teología neoliberal del mercado libre. En la medida en que estas nuevas economías industrializadas, relativamente débiles, y casi siempre con enormes deudas, se integran en la economía globalizada, se vuelven vulnerables a la presión del Fondo Monetario Internacional y otros centros de crédito internacionales. En estos centros el peso político de los Estados Unidos es, en todo caso, predominante. Lo que pasa en este momento en Corea del Sur es que el Fondo, bajo presión y con la ayuda de los Estados Unidos, quiere imponer a este país el neoliberalismo, incluso el derecho de empresas extranjeras de comprar el control de empresas coreanas. Es decir, recolonizar una economía que logró en treinta años, y evitando las trampas del libre mercado de los neoliberales, la más rápida transformación jamás conocida de un país agrario, pobre y atrasado en una de las principales economías industrializadas del mundo, que logró un aumento casi sin par del nivel de la vida, y la transformación política de una dictadura militar desarrollista en algo cerca de la democracia. No hay duda: el objetivo es

quebrantar modelos económicos alternativos al neoliberalismo global, estados y agrupamientos que impiden esta estructura global.

¿La fuerza económica de los Estados Unidos es suficiente para mantener este control? La situación es impermanente: a largo plazo la predominancia de los Estados Unidos no puede sobrevivir al crecimiento futuro de la economía global; es decir, a la disminución relativa del peso de su economía. Estamos todavía en el momento librecambista. Además, estamos frente no solo al poder político-económico de los Estados Unidos, sino también a una ortodoxia ideológica poderosa. La más peligrosa herencia de los años 1970 y 1980 ha sido la conversión de la mayoría de los economistas a la teología del neoliberalismo absoluto, -lo que es evidente en la nominación de los Premios Nobel después de 1975. Las consecuencias de programas económicos de esta índole ya han sido funestas en las regiones del antiguo “socialismo realmente existente”. Y, diría, con consecuencias por lo menos discutibles para México. Los países en desarrollo, inclusive América Latina, viven bajo la doble presión político-económica de Washington e ideológica de un consenso intelectual que carece de realismo tanto histórico como social.

Pero en los últimos meses ha cambiado mucho -hasta en las preferencias de los seleccionadores del Premio Nobel. Se están acabando el consenso de los economistas, la utopía de un capitalismo sin problemas, del fundamentalismo neo-liberal. Se ha descubierto que el futuro del mundo no es necesariamente la universalización del modelo del capitalismo estadounidense.

Y, por lo tanto, está más claro que antes, que hay límites a la hegemonía de los Estados Unidos sobre la economía mundial, como hay límites a su hegemonía militar y política.